

cubiertas las espaldas anchurosas, el silbo de las flechas observaba y el ruido de los dardos. Bien veía que al lado de los Griegos la victoria Jove inclinaba ya; pero á la fuga no se entregó cobarde, y á su gente salvar en la derrota procuraba.

Como desde el Olimpo oscura nube, ocultando la bóveda del cielo, viene sobre la tierra, y desaparece la claridad etérea cuando Jove la tempestad envía; así los Teucros, con tristes alaridos de las naves desbandados huyendo, la llanura cubrían, y en desórden la muralla volvieron á pasar, y sus caballos en rápida carrera del combate á Héctor sacaron. Y aunque armado estaba, abandonó la turba de los suyos, á la cual el profundo y ancho foso, mal su grado, en la fuga detenía; y arrastrando los carros los bridones, muchos, roto el timon, dentro del hoyo el carro de su dueño abandonaban.

Entretanto, Patroclo á los Aquivos sin cesar animaba con sus voces, y acabar con la hueste de los Teucros quería; y ellos los caminos todos con espantables gritos atronaban, desde el instante que en desórden puestos la formacion perdieran. Y en el aire remolinos de polvo se extendían debajo de las nubes, y á carrera tendida los caballos hácia Troya de las tiendas volvieron y las naves.

Patroclo adonde via que en desórden mayor huía el escuadron troyano su carro encaminaba, á los bridones amenazando fiero; y bajo el eje de los suyos caían de cabeza en el polvo los Teucros, y volcaban con hórrido fragor los grandes carros; pero de un brinco por el ancho foso pasaron los caballos inmortales, y sin igual veloces, que á Peleo dieran los Dioses, ¡dádiva preciosa! y mucho ansiaban por correr ligeros. Y lo que más Patroclo deseaba era lidiar con Héctor, y matarle; pero á éste sus caballos corredores

léjos llevaran ya de la pelea.

Como suele en los días del otoño hórrida tempestad sobre la tierra descargar su furor (porque, irritado Jove contra los hombres que en el foro fallan inicuos en legal proceso vendiendo la justicia y de los Dioses sin temer la venganza, castigarlos quiere con este azote) y sus riberas dilatan, con las lluvias acrecidos, los rios más pequeños, y en los montes hinchados los torrentes espumosos se precipitan de la cima al valle arrastrando consigo las laderas, y en horrendos bramidos son llevados á la mar, y devastan las campiñas que el labrador aró; tales entónces los caballos de Troya presurosos corrian, de relinchos lastimeros poblando el aire. Cuando ya Patroclo las últimas falanges enemigas del resto hubo cortado, hácia las naves á volver otra vez las obligaba, ni hácia Troya subir las permitía.

Y en vano lo intentarían; que entre el río cerradas y las naos y la parte que del muro quedaba, las seguía por do quiera Patroclo, dando muerte á muchos campeones en venganza de los muertos Aquivos. El primero á quien hirió su lanza poderosa, en la parte del pecho que mostraba por el duro broquel no defendida, fué Pronoó, y en tierra derribado perdió la vida, y temeroso ruido hizo al caer. Acometió el segundo á Téstor, hijo de Énope, que estaba en el carro sentado y encogido, y turbado y medroso ya las bridas soltara de la mano, y desde cerca le dió un bote de lanza en el carrillo. Y pasando la punta al otro lado por medio de los dientes, de la silla hasta el borde le alzó del antepecho colgando de la pica. Como suele sentado el pescador en alto risco sacar fuera del mar un pez enorme del anzuelo pendiente y de la cuerda, así sacó Patroclo de su carro al adalid pendiente de la pica,

con la boca entreabierta, y desdeñoso en tierra le arrojó. Cayó de cara, y ya al caer le abandonó la vida. A Eriálo también, que denodado hácia él venía, hirió con una piedra en medio de la frente, y el cerebro, al rudo golpe, se rajó en pedazos dentro del reformido capacete; y cayendo el Troyano sobre el polvo, y en torno de él la muerte derramada, allí perdió la vida. Y el estrago siguiendo y la matanza, el valeroso escudero de Aquiles á Erimante, á Anfótero y Epáltes, y al valiente Tlepólemo, nacido de Damástor, y á Equio, á Píres, á Ifeo y á Evenipo; y á Polimelo, esclarecida prole de Árges, uno en pos de otro con su lanza hirió, y á todos derribó en la arena.

Quando vió Sarpedon que sus legiones á manos de Patroclo perecían, en iracundas imperiosas voces así gritó á los Licios, que otro tiempo en valor á los Dioses igualaban:

«¡Qué deshonor, oh Licios! ¿hácia dónde huís acobardados? ¿Sólo ahora teneis ligeros piés? A ese guerrero yo al encuentro saldré, porque se vea quién es el que de Troya las falanges así destroza vencedor. Estragos horribles hace, y el vital aliento á muchos valerosos campeones ya quitó con su lanza.» Así decía Sarpedon, y del carro, sin quitarse la armadura, saltó. Cuando Patroclo le vió bajar, también desde su carro de un salto se arrojó sobre la arena.

Como dos buitres que en excelsa roca, dando chillidos, con la enorme garra y el corvo pico empiezan la pelea; así los dos, con espantosas voces atronando los aires, á embestirse en rápida carrera caminaban.

Y el hijo de Saturno, al contemplarlos, hubo de ellos piedad; y así á la esposa y hermana dijo en dolorosas voces:

«¡Triste de mí! Los Hados han dispuesto que Sarpedon, de todos los mortales el que yo más quería, de Patroclo ha de morir á manos, y en el pecho

entre dos pensamientos dividido está mi corazón. No sé si ahora de la sangrienta lid yo debería arrebatarle, y conducirlo vivo al pueblo de la Licia, ó mal mi grado habré de permitir que el triste muera á manos de Patroclo.» Al padre Jove la augusta Juno respondió enojada:

«¿Qué palabra ha salido de tus labios, hijo terrible de Saturno? ¿Quieres al que nació mortal, y por la Parca fué condenado á perecer, de nuevo libertar de la muerte dolorosa? Hazlo; pero los otros inmortales no el consejo aprobamos. Yo te anuncio otro daño mayor, y en la memoria grábalo tú. Si á Sarpedon envías vivo á su régio alcázar, algún otro de los Dioses también querrá apiadado sacar de la batalla á un hijo suyo; que muchos son los hijos de los Dioses que peleando están en torno á Troya, y si librarlos á sus padres niegas, ira terrible excitarás en ellos.

«Pero si mucho Sarpedon te es caro y de él tu corazón se compadece, deja que á manos de Patroclo muera en los campos de Troya; y cuando el alma le abandone y la vida, llama pronto á la Muerte y al Sueño, y les ordena que á la Licia le lleven y á su alcázar. Y allí, con odoríferos perfumes el cadáver ungido, sus hermanos y sus amigos túmulo soberbio le erigirán, y encima la columna con inscripcion pondrán; que estos honores debidos son á los que ya murieron.»

Siguió Jove el consejo de su esposa, y un rocío de sangre sobre el campo derramó de batalla; de este modo honrar queriendo al hijo que debía de Troya en la llanura, y de su patria léjos, morir á manos de Patroclo.

Quando los dos valientes campeones cerca estuvieron ya, lanzó el Aquivo su pica, y al fogoso Trasimelo, escudero del Rey, hirió en el vientre, y le quitó la vida. Arrojó airado la suya Sarpedon, y aunque á Patroclo no logró herir y errado fué su golpe,

al caballo Pedaso en el brazuelo derecho hirió, y el animal bramando el aliento exhaló. Cayó en el polvo, y de él huyó la vida; y aturcidos los otros dos bridones, desasirse querian del timon cuando en la arena vieron caído al lateral caballo; y crujió el yugo, y de los tres las bridas se enredaron. Mas pronto Automedonte, desnudando la espada cortadora que llevaba pendiente los tirantes del caído cortó, ni perezoso se mostró en el peligro. Enderezados ya los otros bridones, con las riendas los sujetó, y de nuevo se embistieron Patroclo y Sarpedon. Vibró su lanza éste segunda vez, y errado el golpe, por encima del hombro del Aquivo pasó la pica sin herirle; y pronto lanzó él la suya, y por su fuerte diestra no fué en vano arrojada; que en el pecho á Sarpedon hirió, sobre las mismas telas del corazon. Cayó en la arena el campeon de Licia, como suele caer la encina, el álamo frondoso, ó el alto pino, que el obrero corta con aguda segur para que sea mástil de algun navío. Así en el polvo delante de su carro y sus bridones extendido quedó, crujiendo triste, al espirar, los dientes y apretando con la mano la arena ensangrentada. Cual tostado novillo, que de todas las vacas es el defensor valiente, si algun leon en la torada entrando logra matarle, enfurecido brama al espirar en la terrible boca de la fiera; así á manos del Aquivo muriendo Sarpedon, el valeroso capitan de los Licios, indignado suspiraba y gemía, y por su nombre á su primo llamó, y así le dijo:

«¡Amado Glauco! Si en la Licia toda siempre fuiste el primero en valentía, llegada es la ocasion de que te muestres fuerte adalid y campeon ardido. Grato hoy te sea el bélico tumulto, pues valiente naciste. Presuroso las escuadras recorre de los Licios, y á los jefes anima de la hueste

»á que todos combatan con denuedo  
»de Sarpedon en torno, y mi cadáver  
»luégo tú mismo, con la pica en mano,  
»defiende valeroso. Tu vergüenza  
»y deshonor por siempre durarian  
»si en esta gran batalla de las naves  
»muriendo yo, de las brillantes armas  
»me despojases los Aquivos. Firme  
»pelea tú, y á los demás anima.»

Al decir estas últimas palabras cubrió sus ojos el oscuro manto de la muerte, y su rostro; y en el pecho fijando el pié, la poderosa lanza sacó Patroclo, y con el hierro unido venía el corazon, y al mismo tiempo salió del cuerpo la acerada punta y el alma del guerrero. A sus caballos, que anhelaban fogosos y querian ponerse en fuga cuando ya vacío vieron el carro y á sus dos Señores ya sin vida, allí mismo los donceles de Aquíles detuvieron. Las palabras de Sarpedon al escuchar, á Glauco grave dolor oscureció la mente y afligió el corazon, pues no podia defender el cadáver, é iracundo con la siniestra mano se apretaba el brazo que le hirió con su saeta en la muralla Teucro, cuando ardido él queria asaltarla, y el Aqueo á los suyos valiente defendia. Asiando, pues, el dolorido brazo, así rogaba al Flechador Apolo:

«¡Soberana Deidad! Oye mi ruego,  
»ya estés ahora en la opulenta Licia,  
»ya dentro de Ilión; que tú bien puedes  
»desde cualquiera parte los clamores  
»oir de un afligido, como ahora  
»yo lo estoy altamente. Porque tengo  
»una profunda herida, y me traspasan  
»esta mano agudísimos dolores  
»que hasta el hombro me llegan, y la sangre  
»no cesa de correr. Así, la pica  
»no puedo sostener, ni en la batalla  
»lidiar con los Aquivos. Y postrado  
»y muerto yace el campeon más fuerte,  
»Sarpedon, hijo del Saturnio Jove:  
»¡cruel Deidad, que ni á su propia sangre  
»defender quiso! Pero tú la herida  
»me cura, oh Febo, y los dolores calma

»é inspírame valor para que anime  
»con mi voz á los Licios, y valiente  
»el cadáver defienda con mi lanza.»

Oyóle el claro Febo, y los dolores todos calmó, y la sangre que corria de la herida secando, aliento y brío en su ánimo infundió. Sintiólo Glauco, y alto consuelo tuvo al ver que pronto la gran Deidad sus votos escuchara. Y sus legiones recorriendo todas, en resonante voz á los caudillos animó de los Licios el cadáver á defender de Sarpedon, y luégo en rápida carrera á las escuadras marchó de los Troyanos, y en sus filas buscó á Polidamante, al fuerte Eneas, al ardido Agenor, y al valeroso Héctor tambien. Y habiéndolos hallado, exclamó triste en agitadas voces:

«¡Héctor! ¿Y de los Reyes auxiliares  
»así le olvidas que por causa tuya,  
»léjos de sus amigos y su patria,  
»aquí pierden la vida, y ni el auxilio  
»les prestas de tu brazo? Muerto yace  
»Sarpedon, el caudillo valeroso  
»de los Licios, el que ántes gobernaba  
»en justicia y en paz el dilatado  
»imperio de la Licia, y con su diestra  
»la defendió. Por mano de Patroclo  
»le mató el férreo Marte con su pica.  
»¡Amigos! acudid á su defensa,  
»y en cólera se inflamen vuestras almas;  
»no acaso los Mirmídones le quiten  
»la armadura, é insulten al cadáver,  
»para vengar la muerte de los héroes  
»que al pié de los navíos les matamos  
»con nuestras lanzas.» Glauco así decia,  
y agudo pasador de amargo duelo el pecho atravesó de los Troyanos, porque un varon muriera que de todos era el antemural, aunque extranjero y escuadra le seguia numerosa de valientes soldados, y en las lides en valor él á todos excedia.

Así, llenos de ardor, contra los Griegos marcharon todos; y Héctor los guiaba, altamente ensañado por la muerte de Sarpedon: y en tanto los Aquivos en ardorosas voces animaba el escudero del valiente Aquíles.

Y con los dos Ayaces, que animosos seguian peleando, los primeros habló y les dijo: «¡Ayaces! si hasta ahora habeis en el valor sobresalido entre todos los Griegos, este dia tal, ó mayor vuestra pujanza sea, y á los Troyanos rechazad. Postrado yace el caudillo que asaltó el primero nuestra muralla, Sarpedon. ¡Amigos, si nosotros pudiésemos ahora tomando su cadáver, insultarle, y la rica armadura de los hombros arrancarle, y alguno de los suyos, que defenderle osara á nuestras manos pereciera tambien...!» Así decia; pero, sin que él hablara, los Ayaces acabar con los Teucros deseaban.

Despues que á sus legiones arengado los Troyanos hubieron y los Licios y tambien los Mirmídones y Aqueos, dando horrorosas voces, á las manos vinieron animosas las escuadras, y en torno combatian del cadáver de Sarpedon. Y en espantoso ruido recrujieron las férreas armaduras de los guerreros, y funesta noche Jove extendió en el campo de batalla, porque horrendo el estrago en la pelea fuese que comenzaba por el cuerpo de su hijo. Los primeros los Troyanos lograron retirar á los Aquivos, porque herido de muerte fué un guerrero no por el más cobarde reputado de todos los Mirmídones, el fuerte Epigeo de Agácles, que otro tiempo la ciudad populosa gobernara de Budeo. Y habiendo de la vida á un su deudo privado, y suplicante al palacio venido de Peleo y de la blanca Tétis, con Aquíles á Troya le enviaron. Al cadáver de Sarpedon entónces el primero éste puso la mano; mas al verle Héctor, con una piedra en la cabeza le hirió, y dentro del yelmo en dos mitades dividida quedó. Cayó de cara sobre el cadáver, y la negra muerte le cercó en torno de tiniebla oscura.

Afligido Patroclo, moribundo al ver en tierra al infeliz amigo,